

 Editorial

Antigua Modernidad y Memoria del Presente

CULTURAS URBANAS E IDENTIDAD

Ton Salman y Eduardo Kingman
EDITORES

© 1999, FLACSO, Sede Ecuador

Paez 118 y Patria, Quito - Ecuador

Telf.: (593-2) 232030

Fax: (593-2) 566139

E-mail: fcarrion@hoy.net

Registro derecho autoral: 012697

ISBN - 9978-67-046-7

Editores: Eduardo Kingman y Ton Salman

Edición: Alicia Torres

Diseño y diagramación: Rispergraf

Diseño de portada: Antonio Mena

Impreso en: Rispergraf

Quito, Ecuador, 1999

INDICE GENERAL

Presentación	9
PARTE I: ENFOQUES GENERALES	
Introducción	
Las culturas urbanas en América Latina y los Andes: lo culto y lo popular, lo local y lo global, lo híbrido y lo mestizo. <i>Eduardo Kingman Garcés, Ton Salman y Anke Van Dam</i>	19
Aplausos después del desfile: el estudio de organizaciones y movimientos sociales después de la euforia <i>Ton Salman</i>	55
PARTE II: GENERO Y CIUDAD	
Sobre machos, adúlteras y caballeros <i>Ana María Goetschel</i>	73
El encuentro entre ONG y pobladoras: Las organizaciones de mujeres en Santiago de Chile <i>Anke van Dam</i>	85
Masculinidades y cultura popular en Guayaquil <i>Xavier Andrade</i>	101
Diversidad y Esencialismo, ¿términos contradictorios? La sexualidad masculina en Lima, Perú. <i>Lorraine Nencel</i>	125
PARTE III: CULTURA, POLITICA URBANA	
Estudiar movimientos sociales urbanos: entre la teoría y la comprensión <i>Alvaro Sáenz Andrade</i>	147
La violencia urbana y sus nuevos escenarios <i>Fernando Carrión M.</i>	153
Prácticas cotidianas de resistencia <i>Gerrit Burgwal</i>	165

Continuidad histórica de la acción colectiva de los pobladores chilenos: Redes sociales e interacción estratégica. <i>Vicente Espinoza</i>	189
El Camal y los asuntos de raza y clase <i>Wendy A. Weiss</i>	219
Cultura que carga: Reflexiones sobre lo cultural en el análisis de las organizaciones y movimientos sociales en América Latina <i>Ton Salman</i>	237
PARTE IV: VIDA COTIDIANA	
Cartografías del pasado, ciudades del presente: prácticas populares en las ciudades del Altiplano Cundiboyacense (Andes orientales colombianos) <i>Adrián Eduardo Serna Dimas</i>	257
De la antigua caridad a la verdadera beneficencia: formas históricas de representación de la pobreza <i>Eduardo Kingman Garcés</i>	281
“Que me perdonen las dos”: el mundo de la canción rocolera <i>Hernán Ibarra</i>	311
Segregación espacial y espacio simbólico: un estudio de caso en Quito <i>Marcelo Naranjo</i>	327
La propiedad, un sueño realizado: relato oral de los pobladores de La Argelia <i>Santiago Ortiz y Elvira Martínez</i>	337
La cultura del conventillo: el desarrollo humano en el casco central de La Paz <i>Paul van Lindert</i>	353
Colaboradores	369

Continuidad histórica de la acción colectiva de los pobladores chilenos

Redes sociales e interacción estratégica¹

Vicente Espinoza

Introducción²

En los períodos de auge de los conflictos sociales urbanos, referirse al movimiento de pobladores parece una obviedad. En los períodos de menor actividad, sin embargo, parece que los pobladores hubieran poco menos que desaparecido. Esta discontinuidad en la acción colectiva de los pobladores es una constante histórica que debe tomarse en cuenta para su definición como actor social. A lo largo del siglo 20, los conflictos urbanos han estado presentes en todas las décadas, por cierto con muy diversas características, culminando con las protestas urbanas de 1983-85 (Espinoza 1988, Campero 1987, Castells 1983). Esta regularidad del conflicto urbano, lleva a preguntarse cuál es la posición del conflicto en el contexto de la acción colectiva, antes que reducir los movimientos sociales a la presencia o ausencia de conflictos.

Decir simplemente, como es frecuente en la jerga de los dirigentes políticos, que los movimientos sociales tienen momentos de 'flujo y reflujo' o 'movilización y desmovilización' parece un eufemismo del abandono: lo equivalente es no saber de dónde surgen los movimientos ni saber qué ocurre con ellos una vez terminado el conflicto. La pregunta intelectual que se plantea en este caso puede presentarse como cuál es la solución de continuidad entre una y otra movilización. En la medida que se encuentra una respuesta puede pensarse en el movimiento social como algo más que un agregado de movilizaciones.

El problema de la discontinuidad entre los conflictos se plantea en la historia como la relación entre un 'tiempo corto' de la movilización y un 'tiempo lar-

¹ Agradezco los comentarios de Fernando Calderón, Jorge Rojas y Eduardo Valenzuela, que han contribuido a aclarar mi perspectiva. Como siempre, las simplificaciones, inexactitudes, e insuficiencias corren todas por mi cuenta.

² Partes de este artículo se basan en una investigación sobre redes sociales que contó con el apoyo de FONDESYT (1940084).

go' del movimiento. El privilegio del conflicto en el análisis de los movimientos sociales los ancla en el tiempo corto, la coyuntura. No obstante, el conflicto es solo el momento más evidente en la expresión de la acción colectiva. En consecuencia, el análisis de la coyuntura de los pobladores cobra sentido en el contexto de un tiempo largo, que establece los elementos de continuidad que lo presentan como movimiento social. Los conflictos surgen de este trasfondo, al cual se incorporan, como memoria, aprendizaje o condición estructural una vez finalizado el conflicto (Ferreira 1981, Borja 1975).

El tema de los pobladores y su movilización fue preocupación de los intelectuales chilenos en el marco de la integración social (Tironi 1990). El conflicto planteado por los pobladores, antes que expresión de un orden social en gestación, se lo interpretaba como muestra de la desintegración que vivía la sociedad chilena, cuando no directamente como anomia (Valenzuela 1984). Los pobladores y sus movilizaciones se convertían así en una amenaza para una sociedad integrada, que solo podía conjurarse plenamente con el advenimiento de la democracia (Tironi 1990).

El advenimiento del régimen democrático, acompañado de una baja considerable en la movilización de los pobladores, marcaría el fin de su actuación como movimiento social. No obstante, la historia de los pobladores muestra que la ausencia de situaciones de conflicto no garantiza su perenne desaparición. Conviene por ello detenerse en el análisis de la situación y perspectivas de los pobladores al inicio del gobierno democrático.

Esta ponencia aborda dos temas relativos a la situación actual de los pobladores. En lo principal plantea una perspectiva global para el estudio de los movimientos sociales. Se revisan aquí las ventajas y limitaciones del estudio de los movimientos sociales como interacción estratégica. Dentro de esta parte se desarrolla un marco analítico para entender el fraccionamiento del movimiento social de pobladores en familias distintas de movilización. La línea de reflexión que se desprende del análisis anterior desemboca en el tema de la integración social para plantear una reflexión sintética respecto al marco estructural de la acción de los pobladores.

La acción colectiva: ¿descomposición social o solidaridad?

La interpretación de la acción colectiva como desintegración tiene su base en las teorías de la descomposición social (Tironi 1990). Esta interpretación, de raíz durkheimniana, plantea que las situaciones de cambio estructural producen una desintegración de la solidaridad comunitaria, con el resultado de una masa desarraigada, propensa a las conductas desviadas (Smelser 1963). En el fondo, se tra-

ta de una explicación psicológica: la privación persistente a nivel individual produce reacciones depresivas, fantasías o agresividad. Los equivalentes sociales son los agregados de estas conductas individuales, que corresponden respectivamente al fatalismo, propensión al mesianismo y la violencia política o delictual (Smelser 1963). En Chile, esta interpretación ganó amplia aceptación en la interpretación de la conducta de los pobladores en la década del 80 (Valenzuela 1984, Martínez y Valenzuela 1986, Tironi 1990).

Las teorías de la descomposición social tienen ciertamente el atractivo de ser una explicación simple y verosímil de un fenómeno social. También, como cualquier explicación general, tienen la debilidad de su vaguedad y difícil verificación (Blalock 1979). En efecto, siempre es posible encontrar casos que verifican la explicación propuesta, pero hay no pocos casos en que las mismas condiciones que provocarían uno u otro tipo de acción colectiva no lo hacen. Como siempre, resulta más provechoso entender porqué la explicación no opera cuando debiera hacerlo, antes que acumular antecedentes en favor de una explicación insuficiente.

Las teorías de la solidaridad, por oposición a las de la descomposición, intentan proveer una mejor explicación del origen de la acción colectiva. En esta interpretación, lo que media el cambio estructural y la acción colectiva no es la desintegración social con sus efectos psicológicos, sino la organización de actores colectivos (Tilly 1976, 1984). Por ejemplo, en la Europa del siglo 19, la migración del campo a la ciudad ocurre, por lo menos dos décadas antes que tengan lugar los grandes conflictos sociales de la época (Tilly et. al. 1975). Los partidarios de esta interpretación sostienen que la acción colectiva, antes que una conducta irracional de una masa desarraigada, puede entenderse mejor como la interacción estratégica de actores que persiguen racionalmente sus intereses (Tilly 1976). Una explicación similar entregaron en Chile quienes analizaron la acción de los pobladores a comienzos de los 80 desde la perspectiva de los movimientos sociales (Campero 1987, Espinoza 1985).

La interpretación de la acción colectiva como acción racional no deja de tener sus problemas. Sus críticos destacan que el punto de partida de esta explicación es un grupo ya articulado en torno a intereses definidos. No obstante, la acción racional no puede explicar cómo se forma el grupo; de hecho, desde un punto de vista racional no tiene sentido comprometerse en una acción colectiva si se pueden obtener los beneficios sin participar en ella.³ Si el grupo es un dato a la

³ Los promotores de la organización social reconocerán de inmediato este dilema en típicas quejas de los dirigentes como que en las organizaciones "solo unos pocos participan, mientras que el resto llega cuando le conviene". Nada más cercano a la descripción de la conducta racional que aborta la acción colectiva. Los entrevistados aluden frecuentemente a este problema.

partida del análisis de la acción colectiva, destacan los críticos, de hecho no hay explicación de porqué la acción colectiva es colectiva (Cohen 1985).

A fin de cuentas, la cuestión de los agregados en que se basa la acción colectiva remite al clásico problema de la relación entre estructura social y comportamiento. La teoría marxista de las clases sociales fue por décadas la solución más socorrida al problema de cómo se forman los agregados de la acción colectiva. En esta aproximación, la lucha de clases –arquetipo de acción colectiva racional– mezcla componentes de la estructura social con componentes de conciencia. No obstante, como la mayor parte de los marxistas lo comprobaron, el comportamiento de los grupos sociales no está directamente asociado con las categorías definidas por el modo de producción capitalista (Harvey 1985, Castells 1983, Baño 1985).

En el caso de los pobladores, su acción fue interpretada como luchas surgidas de ‘contradicciones secundarias’ afincadas en la reproducción de la fuerza de trabajo (Castells 1977). El problema al cual se enfrenta esta interpretación es que las categorías deducidas de la operación de la lógica del sistema capitalista no pueden ponerse en operación contra la racionalidad del capital, precisamente porque están deducidas de ésta (Espinoza 1984a).

Puestas así las cosas, durante la década del 80 ganó aceptación una teoría de la acción colectiva que reemplazó los sujetos colectivos por agentes no clasistas. Estas elaboraciones cuestionaron radicalmente las teorías que deducían los actores sociales de la operación del sistema económico o valórico (Baño 1985, Valenzuela 1984, Espinoza 1984a). Una concepción de movimientos sociales o mundo popular reemplazó categorías como proletariado, marginalidad o tradicionalismo. No obstante liberar los actores sociales del determinismo estructural, estos intentos continuaron buscando constituir el ‘sujeto’ de los cambios sociales, aunque desprovisto de contenidos clasistas.

Liberar los movimientos sociales del determinismo clasista, entonces, no resuelve la crítica de fondo a las teorías de la solidaridad, porque no responde al problema de qué es lo que hace de individuos con rasgos comunes un grupo que actúa concertadamente. Más aún, en esta aproximación subyace la diferenciación entre grupos ‘en sí’ y ‘para sí’; vale decir, entre los individuos que son capaces de reconocer sus intereses y los que no. El porqué algunos individuos actúan en base a sus ‘intereses objetivos’ y otros no, sigue siendo una pregunta sin contestar. Así, cuando ocurren movilizaciones, éstas parecen el resultado aleatorio de factores desconocidos, antes que la expresión de un grupo social.

¿Cómo una comunidad vecinal se transforma en un grupo que se moviliza por sus intereses? La respuesta más típica enfatiza el intento deliberado de los organizadores por forjar vínculos que pongan a la comunidad en actividad política (Schwartz 1976, Kling y Posner 1991). En medio de la desarticulación y el reflu-

jo de la acción colectiva, por cierto, también durante sus períodos de auge, los dirigentes se mantienen cercanos a un imaginario del movimiento social. En tal sentido se les puede entender como principio de continuidad y revisar sus planteamientos.

Las estrategias de acción poblacional

El dirigente, en verdad, establece un principio de continuidad en el movimiento social, pero el movimiento no puede reducirse a él. En la persona de un dirigente se acumula la experiencia histórica de la acción colectiva.⁴ A veces la experiencia se reduce a la biografía del dirigente; en otras recoge la tradición de antiguos militantes de los movimientos sociales. Los dirigentes expresan mejor que ningún otro los cursos posibles de la acción colectiva, pero el curso que ésta efectivamente tome desborda completamente la voluntad de los propios dirigentes.

La identificación de los dirigentes de pobladores como principio de continuidad de la acción colectiva resuelve empíricamente el problema de la supuesta irracionalidad de la acción de los pobladores. Los dirigentes plantean estrategias de movilización racional de recursos en pro de objetivos claramente identificados. Así, la acción de los pobladores puede analizarse como interacción estratégica antes que como puro resultado de la descomposición social. Teóricamente queda pendiente el problema de cuál es la referencia estructural de la acción de los pobladores. Por ello, si bien es posible reconocer empíricamente las estrategias, no es posible asignarles valor teórico en términos de su explicación de la movilización social. Como se verá más adelante, las estrategias de los dirigentes más que un 'punto sólido' para apoyar una elaboración posterior son sólo la punta de la madeja con que se urde el tejido social.

¿Qué significado tiene en la actualidad una estrategia para los dirigentes de pobladores? La acción de los dirigentes puede entenderse como la búsqueda de solución al siguiente problema: ¿cómo encontrar un mecanismo de integración social en ausencia de los mecanismos tradicionales por vía de la movilidad social o la integración política? La pregunta de ningún modo es nueva, y cruza todos los intentos de reconstitución del movimiento después del golpe militar de 1973 en Chile (Espinoza 1982, 1985, Campero 1987). Se trata, por ello de una pregunta general, que establece un campo común de preocupación a cualquier dirigente de pobladores.

Una de las cumbres en el proceso de reorganización del movimiento de pobladores fueron las protestas democráticas que se extendieron entre 1983 y 1985

⁴ Agradezco a Bernarda Gallardo por llamarme la atención sobre este aspecto.

(Espinoza 1985). Las protestas fueron el reclamo por integración que hicieron los pobladores, de una manera desesperada, antes que salvaje. Fue el reclamo de los allegados, de los jóvenes desempleados, de las mujeres en trabajos mal pagados, de los dirigentes perseguidos por promover el desarrollo comunitario, de los obreros férreamente controlados en sus lugares de trabajo. Una demanda multifacética, bajo la gran consigna de retorno a la democracia, cuyo medio era la unidad de los partidos de oposición contra la dictadura de Pinochet.

Los años que siguieron al 83 fueron de auge para los pobladores, que irrumpieron en el centro del conflicto social (Espinoza 1985). Aquí se planteó para los dirigentes la posibilidad de unificar el movimiento como organización, para ponerlo a la par de los sindicalistas, los gremios de profesionales o los estudiantes. La aspiración era común a una amplia gama política de dirigentes poblacionales que, según lo revelan nuestras entrevistas, solo excluía a los pinochetistas. Así implementan en 1986 el intento más sólido de su historia por consolidar una organización unitaria de pobladores. Y sin embargo no fue posible; el movimiento se fracciona de una manera que resultaba impredecible desde la alineación política nacional. Tampoco en 1990 fue posible lograr esta unidad, esta vez sobre la base de la federación de Juntas de Vecinos debidamente legalizadas.

Así, Hugo Flores, dirigente del movimiento 'Solidaridad' resume la situación del movimiento de pobladores a fines de 1990 enumerando una larga serie de siglas y nombrando otros tantos dirigentes. Huelga decir que resulta difícil entender, aún poniendo la máxima atención a las palabras de Flores, dónde está el movimiento de pobladores en este extremo fraccionamiento. Sin embargo, cada uno de los dirigentes articula un discurso en el cual puede reconocerse una estrategia. La sensación, no obstante, es que cada uno de ellos cuenta sólo parte de la historia. De aquí la pertinencia de desarrollar un marco analítico que unifique los diversos puntos de vista respecto a qué pasó con los pobladores en el Chile de Pinochet y qué pasa con ellos en el Chile democrático.

Orientaciones a la acción entre los pobladores

El golpe de gracia al intento de unificar las organizaciones de pobladores lo dio el hecho que no pudieran federarse nacionalmente. Las fracturas, sin embargo, existían desde antes y van más allá de las rivalidades normales entre dirigentes u organizaciones. Esta sección propone una interpretación de orientaciones a la acción que fraccionan el movimiento de pobladores.

En un estudio de los dirigentes de pobladores llevado a cabo en 1985 y 1986 fue posible establecer las orientaciones a la acción predominantes entre los pobladores (Dubet et. al. 1989). Entrevistas a dirigentes de pobladores realizadas a

finés de 1990 muestran que estos principios se mantienen como una guía adecuada para la interpretación de la situación de los pobladores al comienzo de la transición democrática.⁵ Según este marco, hay dos ejes que constituyen el principio de organización de las orientaciones entre los pobladores: su identidad social y su distancia de la institucionalidad política. La combinación de estas categorías da origen a un sistema de acción que mezcla cuatro familias de movilización social.

La identidad de los pobladores no responde a un principio único; aunque el rasgo principal sea la exclusión, el término tolera un rango de definiciones que van desde la clase (por referencia estructural al sistema económico) hasta términos más amplios como pueblo o comunidad (por referencia a pautas de sociabilidad). La experiencia de vida de los pobladores se compone, de una parte, con elementos de exclusión: falta de acceso al consumo, bloqueo a la movilidad social o, ausencia de integración. Pero de otra parte incluye también elementos de explotación: cesantía, precariedad en el empleo o, desregulación de las relaciones laborales. Ni explotado ni pobre sintetizan bien la experiencia de los pobladores. Las fronteras entre producción y reproducción son cada vez más borrosas, lo cual queda expresado en estas dificultades para definir un principio único de identidad.

Pese a la exclusión en que se encuentran los pobladores, ello no deriva automáticamente en la búsqueda de la ruptura del orden social ante la imposibilidad de integración. Aunque la experiencia durante la dictadura militar verificaba esta orientación, las estrategias que de ella se derivan no concitaron unidad entre los pobladores. Hoy, en condiciones de gobierno democrático, sus principios constituyentes resultan ajenos a la vida diaria, por lo que tiene un carácter marginal. Para la mayor parte de los pobladores el régimen democrático abrió la posibilidad de un espacio de participación institucional.⁶

Los ejes de identidad y distancia institucional establecen cuatro orientaciones a la acción o, un sistema de acción colectiva compuesto de cuatro familias, tal como puede apreciarse en el Esquema 1. Las filas presentan principios de identidad y las columnas, las estrategias de relación con el entorno social. Al interior de cada cuadrante se presentan la denominación habitual del actor, su forma de acción más típica, y su referencia de orden social ideal. Por cierto, cada uno de los cuadrantes tolera una escala o rango de definiciones, y no se busca ahora una definición operacional de cada término. El Esquema 1 solo busca presentar los principios que organizan la acción.

⁵ Entrevistas individuales y colectivas conducidas por Alvaro Böhme durante 1991. Agradezco su disposición a aclarar dudas respecto de este material.

⁶ Si la apertura institucional derivará en mayor integración social no tiene respuesta inmediata; el tema se aborda en detalle posteriormente.

Esquema 1:
Orientaciones a la acción entre los pobladores

	E S T R A T E G I A participación	autonomía
IDENTIDAD		
Clasista (económica)	Trabajadores Reivindicación Estado bienestar	Explotados Revolución Dictadura proletaria
Popular (comunitaria)	Ciudadanos Negociación Democracia	Comunidad Testimonio Solidaridad

La orientación de tipo reivindicativa surge de una combinación de la identidad de clase con la confianza en el sistema institucional. Ella puede presentarse como una formulación de las necesidades en términos de derechos. La pobreza deviene en injusticia social y desde aquí es fácil desprender la responsabilidad del sistema político en la solución de estos conflictos. Esta orientación se inscribe con propiedad en los rangos de la acción del sindicalismo chileno (Campero y Valenzuela 1984). Entre los pobladores, esta orientación corresponde plenamente con las movilizaciones del tipo 'toma de terrenos' que se dieron en Chile en los años 60 (Espinoza 1988). Las tomas realizadas durante los años 80 fueron más bien intentos fallidos ante la imposibilidad de los pobladores para abrir canales de institucionalización del conflicto.

Precisamente, el cierre de los mecanismos de institucionalización del conflicto abrió la compuerta a una orientación de tipo revolucionaria entre los pobladores. La militancia revolucionaria y la acción reivindicativa comparten la referencia económica en la definición de su identidad, pero los diferencia el grado de confianza en los mecanismos institucionales. Mientras los dirigentes reivindicativos buscan negociar los intereses de sus representados, los revolucionarios actúan desde la base social para crear su propio orden político, concebido como expresión de los intereses anticapitalistas del proletariado. Genéricamente lo segundo puede reconocerse como la militancia política de los grupos izquierdistas. Esta militancia tuvo alguna acogida entre los jóvenes pobladores en los momentos más duros de la dictadura, para luego diluirse en expresiones extremistas del tipo movimiento Lautaro.

Sin duda, la identidad de los pobladores puede también expresarse en términos no clasistas: ciudadano, pobre, gente o pueblo, reflejan mejor la visión que

muchos pobladores tienen de su condición. Aún cuando puede aparecer el deterioro de la confianza en los mecanismos de integración, ella da origen a una orientación de tipo comunitaria. En una comunidad todos tienen cabida; los une el ser los desheredados y la voluntad de vivir un orden solidario. Posiblemente las comunidades religiosas son las que mejor expresen esta orientación, aunque también es posible encontrarla en experiencias de organizaciones laicas (Martínez y Valenzuela 1986, Razeto 1990).

Una identidad social no clasista se aviene perfectamente con las expectativas de mayor participación política. El juego político debería permitir la integración de los grupos sociales postergados. La integración puede asumir diversos matices, ya sea desde la participación directamente política hasta las relaciones fundadas en la distribución de beneficios por el Estado. La participación en el sistema político es uno de los campos donde los pobladores miran con más recelo. La referencia a la política evoca inmediatamente la manipulación de sus intereses inmediatos por agentes extraños. De allí que los conceptos de democracia entre los pobladores tiendan a alejarse de las definiciones atomizadas de ciudadano, características de la democracia liberal, para acercarse a formas de participación que suponen identidad entre líderes y masa.

Como quiera que sea, en su momento, este sistema de acción no constituyó un movimiento social (Dubet *et al* 1989). El movimiento de pobladores se desarticulaba permanentemente ante la imposibilidad de resolver sus conflictos internos; los ejemplos no faltan: ruptura o integración, tomas de terreno o economía de la solidaridad, política nacional o repliegue comunitario. Los pobladores tampoco fueron capaces de jerarquizar su acción, de forma que ella expresara el proyecto de un movimiento. Las pequeñas y las grandes cosas se mezclan sin que fuera clara ni su relevancia ni los pasos que median entre lo uno y lo otro.

Las dificultades para constituir un proyecto expresan ni más ni menos la fluidez de las relaciones que subyacen la vida social de los pobladores. Un tipo de relaciones sociales puede identificarse en cada una de las orientaciones a la acción que tensionan al movimiento (Dubet *et al* 1989). Hay trabajadores sindicalizados entre los pobladores, como ciertamente hay cesantía y empleo precario; hay fuertes lazos comunitarios junto con búsqueda de movilidad social; hay marginación del sistema de decisiones pero también participación en la vida política. El problema parece residir en que los pobladores son un poco de cada uno: ni clase ni comunidad puras, ni totalmente excluidos pero tampoco integrados (Dubet *et al* 1989).

Estas cuatro familias de movilización social –acción reivindicativa, militancia revolucionaria, defensa comunitaria y participación política– constituyen el punto de partida para el análisis del movimiento de pobladores durante el gobierno democrático. Las relaciones y la forma de la transición entre cada una de es-

tas familias de movilización constituyen estrictamente el campo de las estrategias de liderazgo entre los pobladores. Debe hacerse notar que en las familias de movilización reivindicativa o comunitaria el énfasis mayor está en 'lo social'; en las otras dos, el énfasis es político. Los dirigentes poblacionales perciben el mundo social o el mundo político más allá del tipo de acción en el cual están comprometidos. Los parámetros de la estrategia de construcción de movimiento social quedan establecidos por la forma en que se realiza el 'paso' de una familia de movilización a otra. Entre los pobladores la búsqueda de estrategia puede plantearse como la mediación de lo social y lo político y viceversa.

Un dirigente de pobladores puede operar en los márgenes definidos por un tipo de movilización o bien establecer relaciones de afinidad o definir antinomias con los dirigentes de otras lógicas de acción. Los dirigentes entrevistados son dirigentes de movimiento porque plantean los problemas estratégicos precisamente de esta forma: cómo transitar entre la exclusión y la integración, cómo moverse entre una identidad popular y una económica. En los últimos años, tres líneas estratégicas se han manifestado entre los pobladores: la movilización revolucionaria de los excluidos, la constitución de grupos de interés y la participación en los espacios locales.

La acción colectiva en la transición democrática

La militancia revolucionaria

Los dirigentes izquierdistas operan con un modelo de movilización revolucionaria de la comunidad, cuyo arquetipo son las protestas democráticas de 1983-86. Al desplazarse el escenario de la acción política nacional hacia el campo institucional estos dirigentes entran en un período de aislamiento, que tematizan como 'apatía' de sus bases. En tales condiciones, los revolucionarios han buscado ensanchar su espacio intentando captar la simpatía de quienes aún no encuentran su lugar en la transición democrática. Es un camino posible, aunque los resultados de las elecciones de 1993 muestran que tiene escasa acogida⁷. Por ahora los jóvenes viven su desencanto con la revolución en la poesía, el teatro, la plástica y otras expresiones artísticas donde se intenta preservar el espíritu revolucionario.

⁷ En este sentido puede interpretarse la decisión del MIDA (Movimiento Independiente Democrático Allendista) al designar al sacerdote Eugenio Pizarro –un representante del radicalismo comunitario– como su candidato a la Presidencia de la República de Chile. Cerrados los caminos de negociación para los grupos de interés, la izquierda tradicional buscaba abrirse paso hacia el pueblo comunitario.

Entre los marginales a la transición, los revolucionarios se encuentran ciertamente con grupos comunitarios radicalizados, pero las nuevas causas sociales están aún muy lejos de la lucha de clases. Y probablemente el indigenismo, la ecología, la libertad sexual, las 'barras bravas', el rock, la plástica y otras expresiones del arte, estarán siempre lejos de la revolución proletaria. La fuerza de la sociedad rechaza como instrumentalización los intentos por poner sus demandas en función de la militancia política clasista.

Los movimientos sociales étnicos, en defensa de la naturaleza, por la libre orientación sexual, entre otros, adquirieron realce en los primeros años de la transición a la democracia. Aunque se trate de grupos opuestos radicalmente a la forma en que el orden social se les impone, estos movimientos no pueden verse como la fachada o la nueva cara de la antigua militancia izquierdista. Por el contrario, parecen haber logrado una vitalidad propia, marcando su independencia de los grupos izquierdistas cuando ello sea preciso. Por su ausencia de conflictividad, estos movimientos pueden verse sobre todo como casos de innovación social, con claro predominio de la identidad y definiciones ideológicas del proyecto de sociedad (Touraine 1973).

Asumir prácticas de innovación social marcaría un gran cambio en la práctica de los dirigentes revolucionarios. Los militantes izquierdistas tienen la suficiente perspicacia como para darse cuenta que asumir la innovación social involucraría renunciar a la pretensión del militante por ser vanguardia de los procesos sociales. A fin de cuentas, los revolucionarios no están dispuestos a cambiar la soberbia leninista; por eso se interesan en las prácticas de innovación solo como un acercamiento a la realidad, una adecuación política —una purificación necesaria— para que los partidos asuman nuevamente la conducción del cambio social pero esta vez con 'políticas adecuadas a las realidades sectoriales'. Probablemente, no pasará mucho tiempo antes que los revolucionarios se sientan traicionados por los innovadores y estos manipulados por los revolucionarios.⁸

Los grupos de interés

A comienzos del gobierno de Patricio Aylwin, algunos dirigentes intentaron abrir los espacios institucionales de negociación por medio de la canalización de los conflictos. Muy temprano en la transición, los dirigentes izquierdistas intentaron impulsar tomas de terrenos. Para su sorpresa, se encontraron compartiendo el ca-

⁸ De hecho las prácticas de innovación social se representaban mucho mejor en la candidatura presidencial de Manfred Max-Neef que en las del Cura Eugenio Pizarro. Ello no obsta para que ambas tendencias disputaran el mismo espacio político.

mino con grupos de la derecha pinochetista. La diferencia principal con los años de las tomas exitosas, sin embargo, radica en que el gobierno actual no es el gobierno reformista de los años sesenta. Muy por el contrario, la 'preservación de los equilibrios macroeconómicos', verdadera *conditio sine qua non* del sistema político, se ha convertido en la salvaguarda contra la asignación de recursos en base a la presión de grupos. El actual gobierno prefiere arriesgar el apoyo de algunos grupos antes que entrar en una crisis por desequilibrio económico.

La práctica de los grupos de interés entre los pobladores queda expresada mejor que ninguna por los deudores hipotecarios que son prácticamente el caso puro de la gente que se une 'en torno a un problema concreto'. Su historia comenzó al descubrir que no podían pagar las deudas hipotecarias que habían adquirido con el sistema bancario. Definidos como autónomos de los partidos, inician en 1986 una serie de movilizaciones que alcanzaron un alto nivel de masividad para los tiempos que corrían. Hacia 1988 los deudores de vivienda separan aguas con los deudores hipotecarios que se habían endeudado con fines de lucro; por ejemplo, para comprar taxis, vehículos o maquinaria. Los deudores de vivienda consideran que el suyo es un problema social, por haberse endeudado para adquirir un bien básico; allí radica el derecho a pedir la intervención del estado para solucionar su problema.

El gobierno democrático ha mostrado la notable capacidad de llegar a salidas que satisfacen a las partes sin alterar mayormente los programas de asignación de recursos públicos. El gobierno cuenta con mecanismos de manejo del conflicto que le permiten reducir su explosividad social, sin ceder a la presión de los grupos de interés. Por ejemplo, en el caso de la vivienda, el gobierno ha llevado a cabo un programa masivo de construcciones que, unido a la ampliación de los mecanismos de postulación, prácticamente ha detenido las tomas de terreno.⁹ En esta pauta de institucionalización, los grupos de interés se fraccionan y difícilmente entran en acciones concertadas.

La integración en el gobierno democrático no opera como estos grupos de clase media lo esperaban. Al contrario, sienten que los problemas sociales fueron solo un buen tema para la campaña de parlamentarios que ahora no tienen problema en dejarles plantados. Los dirigentes reivindicativos van perdiendo sustentación porque no pueden intermediar entre el sistema político y los grupos de interés. En palabras de una de sus dirigentes "no tenemos respuestas para la gente; nunca podemos decir nada que los aliente". Peor aún, falló la apuesta que hicie-

9 Conviene recordar que en negociaciones con el particularmente conflictivo gremio de los empresarios de locomoción colectiva estos llegaron a rebajar el valor de los pasajes. El propio Mercurio anheló haber tenido un ministro de transportes con la calidad del socialista, durante el gobierno militar.

ron al traspasar su apoyo como dirigente social con votos a los parlamentarios. Ahora su base les recrimina que los parlamentarios no cumplen con lo que prometieron. Ciertamente, la participación no avanza por el camino de los grupos de interés, ni siquiera para los que quieren participar.

El espacio local

Por su forma de constitución, la representación de los intereses de los pobladores quedó sin expresión directa en el sistema político. Las organizaciones de pobladores volvieron a la vida ordinaria en la población. Los líderes de ayer devinieron personas comunes y corrientes. Quedaron reducidos a la población, entre sus pasajes, sus amigos y sus rutinas ordinarias. Ellos no entraron al negocio grande: el gobierno, el parlamento y la concertación de los grandes intereses.

La política y las decisiones quedaron para otra gente. Algunos pobladores alcanzaron inserción en el sistema político, pocos en puestos de responsabilidad, los más en los escalones administrativos. El transcurso del tiempo fue dejando en claro esta falta de vínculos entre la estructura de representación del sistema político y los intereses de la base social, especialmente los pobladores. Porque la burocracia no pareció abrirse a una interacción con las organizaciones sociales, ni los partidos políticos estaban interesados en promover la movilización de la base social. Las esperanzas de los pobladores se fueron diluyendo.

El espacio municipal fue el terreno elegido para la acción de muchos de los antiguos dirigentes de pobladores. Cuando en 1992 apareció la posibilidad de la elección municipal, ellos pusieron su energía en lograr los mejores resultados. Porque, después de todo, este era el espacio para realizar los anhelos de participación y organización a escala local. De convertir las municipalidades en órganos de gobierno local. Esta es la parte del aparato estatal más cercana a la población, donde la presión de los grupos de interés nacional opera marginalmente. La presión que aparece aquí es la de la población misma con sus necesidades insatisfechas.

De hecho, varios de los antiguos dirigentes de las protestas o las organizaciones solidarias se convirtieron en alcaldes o al menos en miembros de los concejos comunales. La presencia de estos pobladores, en cuanto representación de los no integrados, de los pobres, no responde a una estrategia. Ya sea que los dirigentes se ubiquen del lado del aparato burocrático como representantes políticos o funcionarios, ya sea que busquen presionar desde la comunidad, la orientación no va más allá de la constatación que resulta más conveniente trabajar 'dentro del sistema' que fuera de éste. Se trata, entonces de un movimiento hacia la participación que carece de una estrategia de integración y que tampoco va con una corriente participativa en la sociedad, sino más bien en contra.

Movilización, integración y sociabilidad

Sea cual sea la línea de acción de los dirigentes, ellas muestran claras limitaciones en su posibilidad de articular familias de acción colectiva. Para los revolucionarios, la desmovilización de la comunidad refleja apatía de la base, seducida por las posibilidades de integración y movilidad social. La integración, sin embargo, no fortalece los grupos de presión, como lo han comprobado los pobladores más acomodados, reducidos a un pequeño núcleo de dirigentes, resueltos a vagar por los laberintos del aparato público. La participación ni siquiera resulta fácil a niveles más modestos, en el aparato municipal. Muchos de los antiguos dirigentes de pobladores se encuentran hoy del otro lado de sus representados, integrados al aparato público pero sin que ello garantice participación.

La flaqueza común a las tres líneas de acción mencionadas es la de un grupo de dirigentes separados de su base: por apatía, por falta de compromiso, o por carencia de estrategia. El problema es ciertamente antiguo y no solo propio de las fases de desmovilización. Frecuentemente, los ‘movimientos sociales’ están constituidos por un grupo activo de dirigentes que actúan en representación de un grupo social. Pero la acción de los pobladores desborda con mucho la convocatoria de sus dirigentes; muchos dirigentes viven esto como frustración. Si se pudiera hacer un inventario de la actividad de los dirigentes, se verá que ella consiste de muchas acciones fallidas y que las movilizaciones exitosas, entendidas como aquellas que sobrepasan el círculo de los activos, son mucho menos de las que se piensa.

La construcción de una estrategia se prueba precisamente en la capacidad de realizar acciones que convoquen más allá del círculo estrecho de los conocidos. Pero rara vez los dirigentes pueden predecir porqué en algunos casos la acción colectiva resulta exitosa y en otros no. Refiriéndose a las protestas un dirigente socialista afirma que “todo el mundo desconocía el modo de gatillar (la acción). Nadie puede decir con honestidad que tenía el control”.

La honestidad con que los dirigentes muestran la separación entre ellos y ‘la base’ pone de manifiesto porqué resulta insuficiente una teoría de los movimientos sociales sin referencia a la estructura social. La ‘base’ a la cual aluden los dirigentes de los pobladores no es otra cosa que una estructura social opaca, cuyos principios de constitución de sujetos o integración social no son evidentes para quienes intentan actuar sobre ellas. Así, el principio de acción representado por los dirigentes no encuentra su engarce natural con la sociedad y, cuando “gatilla”, no es por las razones que los militantes del movimiento social piensan. Pero tampoco es resultado de la desintegración social como plantearon algunos intelectuales (Tironi 1990, Valenzuela 1984).

Por cierto, la estructura social alude a una serie de fenómenos y no puede reducirse a una versión ‘correcta’ de las contradicciones de clase. Si se toma la

forma en que se organiza la vida económica de los pobladores, debe además considerarse cómo ellos lo viven como experiencia cotidiana, así como el rol que toma el vecindario en estas prácticas. La organización general y cotidiana de la vida económica establece los principios de integración social sobre cuya base operan organizaciones. En el marco de esta sociabilidad cotidiana puede entenderse la acción de los dirigentes sociales. A continuación se examina con más detalle los componentes de la sociabilidad de los pobladores.

La base social y los espacios de reproducción

Desde mediados de los setenta hasta mediados de los ochenta, la economía chilena pasó por un profundo proceso de reorganización o ajuste estructural. Tal ajuste tuvo al menos tres características notables: una reconversión productiva, producto de la apertura a los mercados externos; la reducción del gasto público que lleva a una redefinición del rol estatal y; el establecimiento del mercado como el regulador de la asignación de recursos económicos.

El proceso de transformación estructural de la economía chilena tuvo como consecuencia inmediata un aumento de los niveles de desempleo y una agudización de los niveles de pobreza hasta fines de los ochenta. En la euforia inicial de la privatización, el gobierno supuso que, a la larga, el mercado lograría asignar eficientemente los recursos, terminando con la pobreza. En consecuencia, a las políticas sociales les cabía un rol subsidiario y temporal para con aquellos sectores más perjudicados por el ajuste. En efecto, el gobierno militar desarrolló una 'red social' que, a la vez que protegía a los excluidos del mercado, buscaba hacer llegar recursos de diverso tipo a los más pobres.

Desde mediados de los años ochenta, se desarrolló un amplio debate respecto a la estimación del número de pobres en Chile (Martínez 1989, 1986; Raczynski 1987, Ruiz-Tagle 1989, CEPAL 1990, Tokman 1991). Gran parte del debate estuvo centrado en la estimación del número de pobres; de hecho, dependiendo de la técnica usada, el número podía variar hasta en un millón de personas. El debate acerca de la técnica más adecuada para estimar el número de personas pobres, fue solo la proa de una discusión respecto del carácter de la pobreza. Para empezar, cuando el número de pobres fluctuaba alrededor del 40 por ciento de la población era difícil sostener que se trataba de un fenómeno transitorio.¹⁰ Junto con ello, 'los pobres' cobraron significado como una categoría social; algunos intentaron entonces caracterizar su comportamiento (Tironi 1990).

¹⁰ El actual gobierno se plantea la eliminación de la pobreza extrema como máxima prioridad social.

La permanencia de la pobreza como fenómeno social y, de los pobres como categoría tiene un impacto en las condiciones de empleo. Las condiciones actuales de empleo establecen condiciones de sociabilidad donde las prácticas de la fuerza de trabajo pagado se encuentran con prácticas reproductivas, antes características de la población excedente (Mingione 1991). Tal condición replantea el sentido que tiene el análisis de las economías informales. Antes que resaltar sus características como un sector económico independiente, vale más detenerse en su significado como práctica económica con fuertes componentes institucionales. La economía informal aparece en Chile, sobre todo, como un sistema de relaciones que combina actividades productivas, muchas veces asalariadas, con prácticas reproductivas que actúan como soporte institucional en condiciones de empleo inestable e ingresos insuficientes. Este es el sistema que se denomina economía informal.

Las relaciones características de la economía informal operan a través de redes sociales expresadas como distribución de recursos para la sobrevivencia, organizaciones formales y organizaciones productivas. Sin duda es un campo más amplio y rico que el de las “estrategias de sobrevivencia”, que se enfocaron predominantemente desde un punto de vista individual (Roberts 1991, Schmink 1984, Torrado 1981). Las redes sociales asociadas a las prácticas reproductivas constituyen el núcleo de la sociabilidad espontánea de los asentamientos urbanos populares. Estas redes tienen como su base los hogares y el vecindario inmediato como su campo de acción. Las mujeres son los agentes claves para la constitución y operación de estas redes.

La realidad de los trabajos inestables y la desregulación de las relaciones laborales establece el marco estructural en el que la organización de la economía deriva hacia los trabajadores y sus familias. La orientación de las economías hacia la exportación reduce la importancia del mercado interno, por lo que la competitividad puede estar basada en bajos salarios. Entre las formas criticadas por las organizaciones sindicales (en sus planteamientos por reforma a las leyes laborales) se encuentran los contratos temporales, la posibilidad de despido por ‘necesidades de la empresa’, las dificultades para negociar colectivamente, la falta de acceso a sistemas previsionales y de salud privatizados, concomitante a la baja en la calidad de los servicios públicos.

A nivel de la vida diaria de los trabajadores, la desprotección legal se traduce en un acercamiento de las prácticas de producción y las de reproducción. La mayor parte de los trabajadores son asalariados, muchos de ellos en la construcción, pero muchos otros trabajando en pequeñas empresas (MIDEPLAN 1992). Las relaciones asalariadas en grandes o pequeñas empresas operan desprotegidas legalmente, a veces al margen de las disposiciones legales o tributarias. No obstante, el trabajo en pequeñas empresas está localizado en los vecindarios mismos.

Otra área de cercanía entre las prácticas reproductivas y productivas lo ofrece la integración y distribución de los recursos al interior de redes familiares o vecinales. La manutención de cesantes en condiciones en que no hay seguro de desempleo, el cuidado de los niños para permitir la integración de las mujeres al trabajo pagado, los intercambios de herramientas, insumos, o dinero con fines productivos, la manutención de quienes no participan en el mercado de trabajo. Todas estas son prácticas de reproducción social, afincadas en las familias, a veces en redes más extensas que esta, que permiten la reproducción de los trabajadores.

Lo que interesa destacar es que las prácticas reproductivas que se mencionan, a veces englobadas en el concepto de "estrategias familiares de subsistencia" (Torrado 1981), ya no son patrimonio de la "sobrepoblación relativa", ya no pueden ser asociadas exclusivamente con la pobreza (Mingione 1991). Al contrario, las 'estrategias de sobrevivencia' hacen parte de la vida cotidiana de muchos trabajadores asalariados, en la medida que los ingresos derivados del trabajo no les permiten mantener y reproducir una familia. Estas prácticas cotidianas hoy son parte sustancial de la vida diaria en las poblaciones de Santiago (Espinoza 1992).

Si las prácticas reproductivas están integradas con tal fuerza en la vida cotidiana de los trabajadores, vale la pena preguntarse cómo es que se organiza o cómo opera la estructura social al interior de las poblaciones de Santiago. Por medio de una encuesta que estudió las características de los contactos sociales para reproducción, pudo establecerse una imagen de la red social que establece una familia en sus prácticas reproductivas (Espinoza 1992). El grueso de los núcleos de reproducción constituyen un grupo de entre tres y seis familias nucleares relacionadas entre sí por el intercambio de recursos de subsistencia.

Las redes sociales vinculan diversas familias nucleares entre sí; la pobreza no tiene como traducción directa la reconstitución de familias extensas. Los sistemas de ayuda familiar operan en el concierto de estas redes que vinculan unidades residenciales diferenciadas. De alguna forma, la federación de familias nucleares a través del intercambio de recursos puede concebirse como un tipo peculiar de familia extensa; no obstante, las relaciones de parentesco no son la base de la membresía en estas redes. El territorio común del vecindario ofrece la oportunidad básica para la formación de relaciones entre familias. Estas redes sociales tienen como base un fuerte componente territorial; sin duda, la familia es el núcleo de estas prácticas reproductivas, pero ellas operan mediadas por el territorio.

El territorio de una red social reproductiva en las poblaciones de Santiago es sumamente pequeño. Esta se reduce frecuentemente a un par de cuadras alrededor de la vivienda y, como una regla, el grueso de sus miembros pertenece al 'pasaje' en el cual está la vivienda. En cada uno de estos pueden operar varias redes simultáneamente, aunque rara vez comparten sus miembros.

El pasaje es una callejuela que se forma entre las viviendas pertenecientes a dos manzanas que están frente a frente. Habitualmente, comprende entre 25 y 32 domicilios. El pasaje, para muchos efectos es la extensión pública de la vivienda, que opera como espacio de interacción entre los vecinos. Es el espacio del vecindario por excelencia: los vecinos se conocen, se encuentran todos los días, sus niños juegan en el pasaje, la gente se instala a mirar por las ventanas. En estos pasajes se establecen las relaciones que cimentan la vida social de la población.

La importancia de los pasajes en la articulación de la vida cotidiana permite entender las dificultades de algunos promotores comunitarios que buscan establecer una organización barrial basada en las manzanas (Walker *et al* 1987). De hecho, los habitantes de una manzana están de espaldas a los otros miembros de la unidad. Si bien un patio común habitualmente conecta las viviendas ‘por atrás’, el grueso de la interacción ocurre ‘por delante’. La manzana es una unidad que pertenece al universo conceptual de los arquitectos de la vivienda social, preocupados de optimizar el uso de los terrenos (Vergara y Palmer 1990). Así, antes que las calles tengan sus nombres, las manzanas están claramente identificadas en los planos. La verdad, desde el punto de vista de la vida social, el diseño de vivienda social produce calles y no manzanas. Esos pasajes donde apenas cabe un ambulancia, que en el diseño de vivienda social son aún más residuales que las áreas verdes, son la base de la vida diaria.

Poblaciones e integración social

A estas alturas es posible atacar la cuestión de si las poblaciones están integradas o no. La vida de pasaje es evidente para cualquiera que se asome por una población; los hay plenos de actividad social, los hay cerrados al estilo ‘condominio’, los hay pintados por los jóvenes, los hay mejorados o embellecidos por iniciativa de los vecinos.¹¹ Hay muchos signos que hablan de esta unidad. Sin embargo, hay la imagen de desintegración en las poblaciones, lo que impediría referirse a los pobladores como una comunidad, menos como un movimiento social. ¿Qué base tiene esa aprehensión?

De los ‘nichos urbanos’ que amparan subculturas, ‘la población’ es el más mencionado. La población ciertamente aísla grupos sociales y los hace interactuar en un contexto social caracterizado por la pobreza, alta densidad, carencia de servicios, frecuente intercambio, fuertes relaciones personales y creciente homogeneización social. ‘La población’ debe entenderse por oposición al barrio de cla-

¹¹ Gabriel Salazar sugiere que los antecedentes de esta vida de pasaje pueden remontarse hasta el “cité”, típico de la vivienda social a principios del siglo 20 (comunicación personal).

se media, donde las prácticas sociales asumen un carácter más impersonal, aislando las familias en su vida privada y el consumo.

La investigación sobre los habitantes de la ciudad hoy dirige su atención hacia las formas espontáneas de sociabilidad para responder la pregunta acerca de la calidad de la integración en el ambiente urbano. La densidad social de los habitantes de la ciudad no se reduce a sus organizaciones formales o al discurso de los líderes de estas organizaciones. Los cambios estructurales han hecho relevantes los espacios de reproducción social. Los ingresos de los trabajadores ya no alcanzan a mantener una familia, por lo que los hogares habitualmente combinan ingresos provenientes de fuentes diversas. Más aún, la inestabilidad de los empleos urbanos hace imperiosa la necesidad de una red social de protección y apoyo para los períodos fuera de la fuerza de trabajo pagado o para encontrar trabajos remunerados. La operación de las redes sociales de subsistencia como mecanismos de integración social puede tomarse a partir de antecedentes aparentemente contradictorios. De una parte, se trata de redes entre personas que se conocen desde que la población se fundara y aún antes; son personas que tienen una interacción diaria y que se consideran buenos amigos entre sí (Espinoza 1992, Hardy 1985, 1987). De otro lado, las redes de subsistencia comprenden un grupo pequeño de personas, se establecen en territorios muy reducidos y rara vez establecen relaciones entre ellas (Espinoza 1992, Campero 1987). Entonces, mientras una parte de la realidad parece mostrar signos de fuerte integración comunitaria, la otra muestra atomización.

La paradoja de que los lazos fuertes no favorecen la integración social fue argumentada hace casi dos décadas por Mark Granovetter (1973). El establecimiento de lazos fuertes con otras personas reduce la posibilidad de ampliar el número y la variedad de los contactos. Los lazos débiles, por el contrario, permiten mantener un número grande y variado de contactos. Más aún, los lazos débiles hacen de puente con círculos sociales a los cuales de otra forma no se tiene acceso; de esta forma los grupos donde priman los lazos débiles reciben y circulan información ágilmente, son más tolerantes a la diversidad, son más proclives a la innovación (Granovetter 1982).

Las comunidades de lazos fuertes son, en verdad, un conjunto de pequeños círculos homogéneos, estrechamente vinculados en su interior, pero con escasa conexión hacia otros ámbitos, incluso con otros círculos en la misma población. Así puede entenderse que durante la época de las protestas tomaran cuerpo entre los vecinos rumores del tipo que otro pasaje les atacaría. Ello sólo puede ocurrir por la ausencia de comunicación entre un pasaje y otro; lo desconocido se vuelve amenazante y los que se conocen se encierran en sí mismos para protegerse.

La imagen de integración social en las poblaciones parece mostrar una serie de pequeños grupos fuertemente integrados entre sí pero desvinculados de

otros grupos de similares características. La imagen de un rompecabezas parece adecuada: las pequeñas unidades están ensambladas entre sí, pero una leve presión externa puede dejar cada grupo reducido a sí mismo. Los lazos débiles conectan un grupo con otro, ya sea de forma horizontal, o verticalmente, a través de un mediador. Los lazos débiles tejen unidad a través de los pequeños grupos.

Vale detenerse en este punto, pues permite poner el tema de la integración en contexto. La integración del tipo 'sociedad de masas', donde cada individuo está aislado del resto y solo se hace parte a través de los medios de comunicación no es la realidad de las poblaciones. Tampoco es la realidad una pujante comunidad solidaria, que posee una identidad común y que comparte sus recursos. La realidad de las poblaciones es la existencia de círculos de seis a diez familias, con viviendas diferentes, que intercambian frecuentemente entre sí.

Quizás el descubrimiento más interesante sea que la molécula básica de la integración social sean redes sociales que operan como una federación de familias nucleares. Esto indica que el 'punto sólido' donde se apoya la organización población no son los individuos, ni siquiera la familia, sino esta red social de diferentes familias. Puesto de una forma negativa: la desintegración no llega tan lejos como para destruir la familia, ni siquiera las relaciones de vecindad entre familias. El resultado del ajuste estructural y la pobreza no es la reconstitución de la familia extensa, como tampoco la desintegración familiar en una masa anómica de individuos.

La pregunta que sigue es. ¿Acaso existe integración en un nivel mayor?; vale decir, ¿Cómo se conectan estas moléculas entre sí? Una pregunta similar ha sido planteada en el contexto de la "viabilidad" de las sociedades latinoamericanas (Sorj 1991). La crisis de legitimidad del poder estatal aparece entre los pobladores como bloqueo a las estrategias de construcción del movimiento por oposición al Estado. Sorj (1991) argumenta que la crisis del poder estatal conduce a una fragmentación de las sociedades en un conjunto heterogéneo de mecanismos de sociabilidad. La mayor parte del tejido social generado corresponde con procesos microsociales de sobrevivencia. El plano microsociales afecta la gobernabilidad de las sociedades, ya que la fragmentación se proyecta, retroalimenta, imbrica y rearticula constantemente toda forma de organización social (Sorj 1991, Mingione 1991). De aquí la relevancia del análisis microsociales de las redes sociales para comprender el funcionamiento global de la integración en estas sociedades.

Mientras tanto, los pobladores viven la crisis que resulta de la incapacidad de la política para producir integración social. En la tradición de las poblaciones, los partidos políticos izquierdistas actuaron como uno de los factores más relevantes de integración horizontal. La 'célula' o el 'núcleo' partidario recogen los rasgos de lazos fuertes, cercanía e interacción cotidiana propios de las poblaciones. La organización partidaria es el lazo débil que traspasa e interconecta todas

estas pequeñas unidades, proveyéndoles unidad e identidad. Los vínculos partidarios mantienen, no obstante, una jerarquía basada en la ausencia de interconexión directa entre las unidades pequeñas. Estas formas de integración permiten entender la así llamada 'tradicón organizativa' que hace a algunas poblaciones más activas que otras (Schneider 1990).

Por oposición a un modelo de integración horizontal, en las poblaciones también operan mecanismos verticales de integración. Estos se refieren a contactos con la 'sociedad moderna' que han sido la base de las clases medias en Chile: los profesores, los funcionarios públicos, los abogados, entre otros (Touraine 1976). La característica de los mecanismos de integración vertical es ofrecer un intermediario entre el grupo inmediato de referencia y círculos sociales distantes. En política es frecuente que estas relaciones operen como un sistema de clientela o "brokerage" (Valenzuela 1977).

Los contactos de integración vertical entre los pobladores pueden calificarse como débiles en un contexto de lazos fuertes. El vínculo hacia círculos sociales distantes está muchas veces reducido a las conexiones establecidas por medio de las relaciones de parentesco. Se trata de primos, tíos, cuñados o suegros cuya actuación como vehículos de integración es más bien reducida. Los mecanismos de clientela han cobrado relevancia desde el plebiscito de 1988, pero aún no han llegado a consolidarse como un mecanismo de integración.

Gran parte de los mecanismos verticales de integración operan como asambleas en los márgenes de unidades de la población. Las asambleas relacionan grupos y núcleos diversos bajo una organización que puede o no representar intereses. Una expresión típica de esta forma de integración son las comunidades religiosas.

La comunidad pentecostal ha tenido gran difusión durante la última década en las poblaciones de Santiago. Como se sabe, la comunidad pentecostal se expresa en multitud de pequeñas iglesias, cuya feligresía rara vez pasa del ciento de personas. Esta forma de organización corresponde perfectamente con la lógica de una comunidad estructurada en base a pequeños círculos. Las comunidades pentecostales ofrecen una religiosidad que, de alguna forma, refleja la atomización de las poblaciones.

La comunidad católica, por contraste con la evangélica, busca constituir el pueblo de Dios por medio de la comunión universal; esto significa que quiere romper con la estructura de los pequeños grupos. Por ello, el cura ejerce un liderazgo casi espontáneo, al intentar vincular grupos que de otra forma estarían aislados. En la medida que los curas no aceptan este rol de liderazgo, la comunidad de pobladores vuelve a sus cauces naturales y encuentra mejor expresión en la idea de comunidad que plantean los pentecostales. El individualismo y los pequeños grupos queda mejor expresado por las iglesias evangélicas que promueven

una religiosidad fracturada, al contrario de la imagería católica de una iglesia para todo el pueblo de Dios.

Entre las formas verticales de integración no religiosas destacan las organizaciones de pobladores. Una de las discusiones más frecuentes consiste en estimar qué proporción de los pobladores se encuentra organizado. En una población de unas mil viviendas se encontró 73 organizaciones operando en un momento del tiempo, las cuales involucran un 15 por ciento de sus habitantes (Guerra 1991). Cabe tener en cuenta que la base del cálculo es lo crucial, pues al tomar la membresía como proporción del total de población, el resultado es que un escaso porcentaje participa. No obstante, el individuo no es la unidad más adecuada para evaluar la cobertura de las organizaciones; la consideración de los hogares como base de cálculo hace subir las cifras de forma sustancial. En una población de similar tamaño pudo estimarse que a mediados de 1989, 23 por ciento de los hogares contaban con al menos un miembro participando en un organización (Espinoza 1992).¹²

La pregunta que viene queda abierta: ¿Cómo se integran estas organizaciones en la vida cotidiana de la población? ¿Operan como mecanismos efectivos de integración? De acuerdo con los antecedentes conocidos a este respecto, estas organizaciones operaban como proveedores de lazos débiles, que se insertan dentro de la estructura de la “federación familiar” (Espinoza 1992). Los lazos débiles no integran grupos dispersos, sino que se dispersan hacia los grupos más cerrados.

El análisis de la sociabilidad conduce a insertar la acción de los dirigentes de pobladores en el seno de una comunidad caracterizada por los lazos fuertes entre grupos homogéneos y que carecen de lazos débiles que les ofrezcan posibilidades de integración. A las organizaciones de representación territorial les cabe un gran papel en la posible integración de estas comunidades. Su papel puede concebirse como el de movilización de recursos en el contexto de formas de organización frágiles en su integración, pero fuertes en sus núcleos. En este contexto debe ubicarse la acción de los dirigentes de pobladores.

El territorio de los pobladores no es ya la población obrera, cuyo interés es mejorar las condiciones de habitación. Pero tampoco son los pobres desarraigados y desintegrados los que se encuentran aquí. Se trata de trabajadores desregulados, que buscan su integración, unos con más perspectivas que otros. El movimiento de pobladores así, se balancea entre los pasajes de su población y las anchas alamedas de la participación.

¹² Esta medida fue tomada en 1989 durante el gobierno militar; es de suponer que el porcentaje habría subido de hacer el cálculo una vez asumido el gobierno democrático, como lo hizo Guerra (1991).

Conclusión

El flujo y reflujo de la acción colectiva, tal como ocurre entre los pobladores chilenos parece señalar que los movimientos sociales se debaten entre su muerte estéril o muerte fecunda; esto es entre desaparecer o institucionalizarse. Y, en el caso de Chile, parecería ser que los pobladores como movimiento social han desaparecido completamente. Las razones de la desmovilización de los pobladores remiten a los mismos problemas que enfrentó en su período de mayor auge, a mediados de los ochenta. De la forma que lo plantean los dirigentes, se trata de una distancia entre ellos y sus bases. Visto con mayor perspectiva esta distancia es el resultado de la tensión entre diversos principios de acción presentes entre los pobladores. Estrictamente, al resolverse solo parcialmente la tensión entre familias de acción colectiva, no hay estrategia ni movilización, mucho menos movimiento.

Gran parte de las tensiones en la acción colectiva resultan del cambio en las condiciones estructurales de la sociedad chilena. La implantación de una economía de mercado, junto al fin del rol integrador del Estado, han hecho de las prácticas reproductivas un requisito insoslayable en la vida diaria de las familias asalariadas. Los pobres son más que subempleados del sector informal; se trata de una pléyade de trabajadores no sujetos a contrato, trabajando tiempo parcial, o por temporadas, sin posibilidad de negociación colectiva, en fin, toda la gama de la desregulación.

Las prácticas reproductivas se asocian con definiciones no clasistas de identidad y con el territorio particular de los pasajes del vecindario. Aquí opera una paradoja, porque las prácticas reproductivas ponen en contacto continuo y estrecho a pequeños grupos informales de claro corte solidario. Pero esta economía de la solidaridad no puede lograr mayor integración precisamente por constituirse en base a lazos fuertes. En tales condiciones, solo contribuye a sobrellevar la pobreza. Las redes sociales de los pasajes tejen entonces una trama densa pero incomunicada entre sí.

Los pasajes de la población operan como espacios de socialización, intercambio, distribución, o apoyo emocional; pero tienen escasa capacidad de contacto con redes vecinas. Desde el punto de vista de la integración social, los pasajes son las expresiones de la vida comunitaria donde se detiene el proceso de individualización que el mercado busca imponer en la sociedad.

Los movimientos sociales dependen de las condiciones sociales en las cuales se generan; si bien ellas no son suficientes para explicarlos. Las redes de solidaridad existían, sin duda, en los momentos de auge del movimiento de pobladores. Ellas movilizaron información o recursos, aportaron participantes a la acción colectiva, integraron nuevas formas de acción al repertorio de los movimientos sociales. Si en algún lugar de la sociedad hay que buscar la experiencia de la acción colectiva es en estos pequeños núcleos de pasaje.

Así, la acción colectiva depende de las condiciones sociales, pero ella misma contribuyó en otro momento a generar esas condiciones. La acción colectiva vive en la sociedad porque aún cuando no se institucionalice ha redefinido las relaciones sociales. La acción colectiva puede haber creado vínculos donde no los había, agrega comportamientos al repertorio de la acción colectiva, transmite valores, crea o modifica un imaginario. La acción colectiva, aún cuando no alcance el horizonte de la 'producción de sociedad' de acuerdo a su modelo, actualiza un imaginario de acción colectiva y por eso puede ser significativo su impacto en la disputa por la historicidad.

De alguna forma, las nuevas condiciones para la creación de estrategia marcan el fin de un movimiento de pobladores constituido por oposición a un Estado arcaico e inflexible. En las nuevas condiciones, la estrategia debe atender a la articulación entre grupos de otra manera dispersos. Así, el punto de partida es complejo porque se trata de comunidades integradas y por ello frágiles. Estos grupos pertenecen aún al ámbito de lo privado y la personalidad colectiva no puede emerger de estos estrechos círculos carentes de referencia respecto a otros grupos sociales (Sennet 1977). Las oportunidades de romper el círculo de la pobreza y lograr una integración parecen depender de factores que están fuera del alcance de los pobladores y que ponen el tema de la ciudadanía como último punto.

La situación más negativa es que otros lazos fuertes establezcan relaciones clientelistas o de patronaje del sistema político hacia los pobladores; este es un hecho común en comunidades pobres donde los participantes están cautivos de sus líderes (Valenzuela 1977). Estas relaciones paternalistas pueden desarrollarse para propósitos electorales, pero también en las relaciones con la burocracia pública.

Una visión más positiva debería considerar que las políticas públicas también pueden contribuir a la integración social, porque al definir un sujeto de las políticas toman en cuenta grupos por los cuales pocos pueden tener algún interés (Anderson 1991, Coleman 1993). Las políticas públicas, en tal sentido, pueden ofrecer los lazos y relaciones de las cuales carecen los pobladores para mejorar su integración social. Si las políticas públicas desean mejorar las condiciones de vida, ellas ciertamente deben engranarse con iniciativas familiares, organizaciones vecinales y pequeñas empresas del sector.

La ciudadanía requiere lazos débiles porque solo en ese contexto los participantes tienen derechos y deberes pero no obligaciones. Las organizaciones de los pobladores aparecen como el balance necesario para el patronaje en la medida que logren desarrollar su capacidad de interacción estratégica. La participación por medio de organizaciones formales en la toma de decisiones públicas puede favorecer los derechos de los pobladores abriendo las fronteras de la comunidad a la ciudadanía.

Bibliografía

- Anderson, Jeanine
1991 *Reproducción social / Políticas sociales*. Lima: SUMBI.
- Bañó A., Rodrigo
1985 *Lo social y lo político, un dilema clave del movimiento popular*, Santiago: FLACSO.
- Blalock Jr., Hubert M.
1979 Theory building and causal inference, en: *Design and analysis in comparative research*. pp 155-198
- Borja, Jordi
1975 *Movimientos sociales urbanos*, Buenos Aires: Ediciones SIAP-Plan-teos.
- Campero, Guillermo
1987 *Pobladores. Entre la sobrevivencia y la acción política*, Santiago: ILET.
- Campero, Guillermo, y José A. Valenzuela
1984 *El movimiento sindical en el régimen militar chileno, 1973-1981*, San-tiago: Estudios ILET.
- Castells, Manuel
1983 *The city and the grassroots*, Berkeley: University of California Press.
1977 *The urban question*, London: Edward Arnolds
- CEPAL
1990 "Una estimación de la magnitud de la pobreza en Chile, 1987", LC/L 599 (octubre).
- Cohen, Jean
1985 Strategy or identity: New theoretical paradigms and contemporary social movements. *Social Research* 52, pp 663-716.
- Coleman, James S.
1993 The Rational Reconstruction of Society, en: *American Sociological Review* Vol 58, pp. 1-15.
- Dubet, François; Eugenio Tironi; Vicente Espinoza, y Eduardo Valenzuela
1989 *Pobladores: Luttés sociales et démocratie au Chili*, Paris: L'Harmattan.
- Espinoza, Vicente
1992 Networks of informal economy: work and community among Santia-go's urban poor. Ph.D. Thesis, Department of Sociology, University of Toronto.
1988 *Para una historia de los pobres de la ciudad*, Santiago: Ediciones SUR, Colección Estudios Históricos.

- 1985 Los pobladores en la política. en: *Los movimientos sociales y la lucha democrática en Chile*, Seminario CLACSO-Universidad de Naciones Unidas, Santiago: ILET, pp 31-52.
- 1984a Movimiento popular urbano y procesos de institucionalización política en: *Proposiciones* (Septiembre), SUR, pp 57-65.
- 1984b Tipos de acción poblacional y movimiento popular urbano en Chile, en: *Problemática barrial latinoamericana*, Lima: CELADEC, pp 321-50.
- 1982 El movimiento de pobladores: Una evaluación crítica, en: *Proposiciones* 5 (Enero), SUR.
- Ferreira, Carlos
- 1981 *Movimentos Urbanos no Rio de Janeiro*, Rio de Janeiro: Zahar Editores.
- Friedmann, John & Mauricio Salguero
- 1988 The barrio economy and collective self-empowerment in Latin-America: A framework and agenda for research, en: Michael Peter Smith (ed): *Power, community and the city*, New Jersey: Transaction Inc.
- Granovetter, Mark S.
- 1973 The strength of weak ties, en: *American Journal of Sociology* 78(6), pp 1360-1380.
- 1982 The strength of weak ties - A network theory revisited, en: Nan Lin and Peter Madsen (eds): *Social structure and network analysis*, California: Sage Publications.
- Guerra Rodríguez, Carlos
- 1991 Las organizaciones sociales poblacionales: un recurso para la aplicación de políticas públicas, Tesis de Magister, Instituto de Estudios Urbanos de la Pontificia Universidad Católica de Chile, Magister en Asentamientos Humanos y Medio Ambiente.
- Hardy, Clarisa
- 1985 Caracterización de la marginalidad popular. Escenario constitutivo de nuevos actores, en: *Coyuntura Económica* 11, PET.
- 1987 *Organizarse para vivir. Pobreza urbana y organización popular*, PET
- Harvey, David
- 1985 *The urbanization of capital. Studies in the history and theory of capitalist urbanization*, Baltimore: The Johns Hopkins University Press.
- Kling, Joseph M. & Prudence Posner
- 1991 Class and community: theories of activism in an era of urban transformation, en: Michael Peter Smith (ed): *Breaking chains. Social movements and collective action. Comparative urban and community research* Vol 3. New Brunswick (USA) and London (UK): Transaction Publishers.

Martínez, Javier

1989 La magnitud de la pobreza, en: *Mensaje* 383 (October), pp 398-402.

1986 Sobre la determinación de la pobreza: una nota técnica, en: *Proposiciones* 12, SUR, pp 141-147.

Martínez, Javier y Eduardo Valenzuela

1986 Juventud popular y anomia, en: *Revista de la CEPAL* 29, pp 173-183.

MIDEPLAN

1992 *Población, educación, vivienda, salud, empleo y pobreza. CASEN 1990*, Santiago: MIDEPLAN, Ministerio de Planificación y Cooperación.

Mingione, Enzo

1991 *Fragmented societies. A sociology of economic life beyond the market paradigm*, Oxford, UK: Basil Blackwell.

Pollack, Molly y Andras Uthoff

1989 Pobreza y empleo en Chile: un análisis del período 1969-1987 en el Gran Santiago, en: *Economía de América Latina. Las dimensiones sociales de la crisis*, México: Centro de Economía Transnacional, pp 127-152.

Raczynski, Dagmar

1987 Crisis y urbanización en el Area Metropolitana de Santiago de Chile, Documento de Trabajo (Octubre), Santiago: CIEPLAN.

Razeto, Luis

1987 La economía de la solidaridad en un proyecto de transformación social, en: *Proposiciones* 14 (agosto), SUR, pp 44-54.

1990 *Economía popular de solidaridad. Identidad y proyecto en una visión integradora*, Santiago: Area Pastoral Social de la Conferencia Episcopal de Chile.

Razeto, Luis; Arno Klenner; Apolonia Ramírez, & Roberto Urmeneta

1983 *Las Organizaciones Económicas Populares*, Santiago: PET.

Roberts, Bryan

1991 Household Coping Strategies and Urban Poverty in a Comparative Perspective, en: M. Gottdiener & Chris Pickvance (eds): *Urban Life in Transition*, Newbury Park, CA: Sage, pp 135-168.

Rojas, Alejandro

1986 Interrogaciones acerca del Movimiento Ecológico y la Naturaleza del Poder Social en *Ambiente y Desarrollo* vol 2 (Diciembre).

Rosenfeld, Alex, Alfredo Rodríguez, y Vicente Espinoza

1989 La situación de los gobiernos locales en Chile, en: Jordi Borja, Fernando Calderón, María Grossi, y Susana Peñalva (eds): *Descentralización y democracia. Gobiernos locales en América Latina*, Santiago: CLACSO/SUR/Barcelona: CEUMT, pp. 185-239.

Ruiz-Tagle, Jaime

1989 Los ingresos de los más pobres: el fin de una década, en: *Revista Mensaje* 385 (Diciembre), pp 524-27.

Salazar, Gabriel

1990 *Violencia política popular en las "grandes alamedas". Santiago de Chile 1947-1987*, Santiago: Ediciones SUR.

Schmink, Marianne

1984 Household Economic Strategies. Review and Research Agenda, en: *Latin American Research Review* 19, pp 87-101.

Schneider, Cathy

1990 La movilización de las bases. Poblaciones marginales y resistencia en Chile autoritario, en: *Proposiciones* 19 (julio), SUR, pp 223-243.

Schwartz, Michael

1976 *Radical protest and social structure. The southern farmers' alliance 1880-90*, New York: Academic Press.

Sennet, Richard

1977 *The Fall of the Public Man*, New York: Knopf, distributed by Random House.

Smelser, Neil

1963 *Theory of Collective Behavior*, New York: Macmillan.

Sorj, Bernardo

1991 Crisis social y crisis de las ciencias sociales en Brasil, en: *Revista Mexicana de Sociología*, 1/91, pp 107-120.

Tilly, Charles

1984 *Big structures, large processes, huge comparisons*, New York: Russell Sage Foundation.

1976 *As sociology meets history*, New York: Academic Press Inc.

Tilly, Charles; Louise Tilly, & Richard Tilly

1975 *The rebellious century*, Cambridge, Mass: Harvard University Press.

Tironi, Eugenio

1990 *Autoritarismo, modernización e integración*, Santiago: Ediciones SUR.

Tokman, Víctor

1991 Pobreza y homogeneización social. Tareas para los 90, en: *Pensamiento Iberoamericano* (Madrid) 19, pp 81-104.

Torrado, Susana

1981 Sobre los conceptos de 'estrategias familiares de vida' y 'proceso de reproducción de la fuerza de trabajo': Notas teórico-metodológicas, en: *Demografía y Economía* vol. 15, 2 (46), pp 204-233.

Touraine, Alain

1973 *Production de la Société*. Paris: Collection Sociologie aux Editions du Seuil.

Undiks, Andrés

1989 *Juventud urbana y exclusión social. Las organizaciones de la juventud poblacional*, Buenos Aires: Editorial Humanitas.

Valdés, Teresa

1985 *Mujer popular: Matrimonio, hijos y proyecto. Un estudio de casos*, Documento de Trabajo 255, Santiago: FLACSO.

Valenzuela, Arturo

1977 *Political brokers in Chile*, Duke University Press.

Valenzuela, Eduardo

1984 *La Rebelión de los Jóvenes. Un Estudio sobre Anomia Social*, Santiago, Chile: Ediciones SUR, Colección Estudios Sociales.

1991 La experiencia nacional popular, en: *Proposiciones* 20, SUR, pp 12-33.

Vergara, Francisco y Montserrat Palmer

1990 *El lote 9 x 18 en la encrucijada habitacional de hoy*, Santiago: Facultad de Arquitectura y Bellas Artes, Pontificia Universidad Católica de Chile.

Walker, Eduardo; Marisol Saborido, Carmen Tardito, y Pablo Astaburuaga

1987 *Planificación desde la comunidad. Ampliando el campo de lo posible*, Santiago: EVGL-CIPMA.